

## **El mapa de la literatura: anclajes y puertos seguros**

*Elvira Blanco Blanco*

La nuestra será una lectura de los centros y suburbios de la literatura desde ese *entrelugar* -como dice Silvano Santiago- y ese cotidiano periférico y posmoderno que insiste en barajar los tiempos y las fronteras.

Este cotidiano de arenas movedizas, de reinterpretaciones, donde los panteones son profanados, los santuarios parodiados, los campos de conocimiento recartografiados y las disciplinas desterritorializadas, llama a relecturas continuas de sus discursos.

Las fronteras de nuestra literatura, aquellas que histórica y modernamente se han ido construyendo, ahora dudosas, sospechosas, quizás no exijan amojonamientos, pero nosotros que somos quienes las discutimos, desdibujamos e insistimos en remarcarlas, tenemos necesidad vigente de ver sus nuevos trazos y recordar los antiguos contornos de su mapa.

Debe haber sido allá por los 70 la última vez que pensando y hablando sobre cultura pensábamos en literatura, y cuando pensábamos o hablábamos de literatura éramos cultos; todo muda y hemos tratado de ir adaptándonos, unos, hace tiempo que están debatiendo el lugar desde donde hablan las minorías mientras que otros aún hablan de la “bella corza” como diría Mario Benedetti. Pero unos y otros, estamos subidos al mismo barco y lo defendemos de todo embate.

Cuando el concepto de cultura dejó de ser monolítico y ya no se asociaba a las más variadas y hermosas aspiraciones del espíritu, las aguas comenzaron a agitarse; entonces la literatura se iba dissociando de las bellas obras consagradas por los críticos, los cánones y parnasos.

Indagar hoy día lo que cabe dentro del campo literario o establecer las fronteras del fenómeno literario es una aventura. Las mismas expresiones que usamos lo hacen vago e impreciso, utilizamos metáforas como límites o fronteras de un discurso, de un estatuto que son de por sí indeterminadas.

La palabra frontera viene del latín, literalmente significa “aquello que se encuentra

enfrente”; sin embargo se emplea en el sentido de límite o línea divisoria. Originariamente, frontera y límite no eran lo mismo, ya que el límite necesita materializarse en líneas de separación o de contacto: es la línea entre dos cosas que quedan demarcadas; la frontera es un espacio enfrente a otro, es la parte de enfrente de otra parte como lo es etimológicamente. Así era en la antigua Roma, un espacio móvil, una zona entre los bárbaros y el Imperio, indicando los confines del mundo habitado. Las diferencias surgieron con el estado burgués y las soberanías de tales estados: con ellos se convirtió en muy importante el ámbito específico y por lo tanto, la línea como límite de separación rígida, que previene la invasión, impone la diferencia. Hasta aquí llegamos nosotros, enfrente están los otros. El límite mira y protege hacia adentro, impone la diferencia.

Hoy, aunque existen líneas de separación territorial rígidas, en general esa línea se ha convertido en el espacio fonterizo, espacio de intercambio, de encuentro, de cooperación. La frontera se abre hacia afuera, hacia el otro, crea un territorio de flujo, rescatándose así el antiguo concepto de espacio frente a otro espacio. La frontera pasó a ser un lugar de reconocimiento de un Nosotros en relación a Otro.

A la vez que se realiza una operación de canje, la atención se fija en la frontera. Estar en ella significa no estar en el centro, entonces, el centro se debilita o cuestiona porque nuestra atención se enfoca en otro lugar. El simple hecho de cuestionar ya hace que lo central entre en debate y pierda fuerza. Lo interesante fue cómo a partir de la posmodernidad el centro tomó conciencia de su propia debilidad, entró en crisis y paralelamente se consagró el *entrelugar*. Más interesante aún fue que lo nuevo no estuvo tanto en el cambio de lugar que se dio, como en la sacralización que se hizo de tal cambio.

El surgimiento de este espacio descentralizado ha sido fundante para la literatura que ha quedado desde su lugar enfrentada al espacio del otro, al espacio de enfrente. La frontera es el espacio donde quepo yo y el diferente, así como la identidad de la nación reposaría en la diferencia con el Otro, también en la literatura se iba al encuentro del diferente.

Entonces en plena época de globalización surgían múltiples culturas, múltiples tribus, regiones, barrios, zonas, esquinas que aspiraban al rango de arte y de poder estético. Se

ejercía una alteración que determinaría un nuevo espacio para estudiar lo que a esta altura eran estudios literarios y no literatura, porque hubo que ampliar el campo de actuación y su reformulación teórica. Y no se le realizó esta operación desde fuera: fue ella misma, la propia literatura la que entró en cuestionamiento, la que se reformuló logrando que hoy podamos analizar graffites, canciones, sermones, cartas y otros textos dentro de su espacio. Para que esto pudiera suceder la literatura tuvo que dejar de detenerse solo en los recursos formales para ir hacia las relaciones del texto con lo otro, ir más allá de sus límites impuestos durante mucho tiempo por su centralismo y derribando algunos mojones y sacrificando límites ir abriendo sus fronteras para comunicarse más y mejor, ya no con sus letrados sino con los de afuera que miraban sin compartir.

Varios rumbos nuevos comenzaron a plantearse para que la literatura pudiera abarcar el pluriculturalismo que se le presentaba, entre ellos el de la Escuela de Birmingham, de cuño empírico, que se aproximó simultáneamente al campo cultural que ya le pertenecía a la literatura por derecho propio y consuetudinario, pero a la vez se aproximó a lo popular y buscó en el propio sistema literario esa vida cultural, y viceversa. Los Estudios Culturales convocaron a trabajar a la filosofía, psicología, semiótica, antropología, historia, en el intento de mostrar cómo determinados trazos de la vida social dentro de una cultura aparecen dentro de la obra literaria a partir de características poéticas que los manifiestan. Uno de los representantes de Birmingham, Raymond Williams, trata de fomentar el acceso de todas las formas culturales que ya no pertenecen a una clase, sino a la comunidad y que por lo tanto podrán ser modificadas y renovadas por la participación de todos en un intento de resocializar el arte que permaneció por mucho tiempo en manos de minorías y promover otras minorías a un lugar cultural.

Los Estudios Culturales retoman y critican el marxismo a partir de Gramsci y de su rechazo de verlo como bloque histórico sumiso a lo económico para poder estudiarlo en una mayor complejidad. El intento facilitaría el cuestionamiento de paradigmas, evidenciando discursos fundantes de relatos heroicos que justificaban el poder ejercido sobre sociedades de frontera. Si bien estos temas no habían sido trabajados por el marxismo, ahora podrían leerse desde una óptica de imposición de una cultura, de una raza, de un género. Al pensamiento de Gramsci se suma la contribución del deconstruccionismo y el estructuralismo francés, destacándose Derrida y Foucault; con

ellos descentralizar es reconocer el valor del centro a la vez que se cuestiona ese reconocimiento.

El camino de los Estudios Culturales al valorizar lo popular, el lector y la defensa al derecho de acceso a la cultura por parte de minorías, exigía repensar la literatura en función de un espacio más amplio. Foucault pronto nos mostraría como las verdades que tan objetivas nos habían parecido, se fundaban en formaciones discursivas históricamente acumuladas. Esto nos llevaba a la constatación que el conocimiento era una cuestión política, socialmente constituido y por lo tanto no carente de intereses y de relaciones de poder. Entonces el propio conocimiento está condicionado por la historia, por las elecciones colectivas o individuales, por las interpretaciones y recepciones. Así, su validez universal se hundía ya que se iba definiendo de acuerdo con la cultura dominante y su esfuerzo por imponerse como universal. Tuvimos que aprender a transitar por un territorio habitado por la cultura elitista y la cultura de las minorías y buscando el rumbo entre ambas lograr un equilibrio, lo que no ha sido una travesía sin riesgos.

Ya en la posmodernidad consagramos la contradicción con la que veníamos luchando; nuestro cotidiano es la globalización y la fragmentación del discurso, a la vez las transnacionales y la minoría de hora. Nuestro mundo se acabó de descentralizar y nos fuimos a trabajar a la frontera. Entonces, los mismos Estudios Culturales nos llevaron al *entrelugar* de Santiago, al *espacio intersticial* de Hommi Bhabha, al *in between* de Mignolo o a la *frontera* de Pizarro entre otros lugares de encuentro. No fue un fácil abatimiento de fronteras, fue algo mucho más complejo, fue la postulación de un espacio articulador, fue un desleer y releer principios y compartir con las otras disciplinas.

Silvano Santiago desde su *entrelugar* nos muestra como el centro ya no tiene un lugar fijo y la idea de originalidad pasa a tener valor solamente cuando es agredida por el simulacro y su revés: es imposible pensar en conceptos sin operar dislocamientos, desconstrucciones o descentralizaciones, y así en Santiago lo latinoamericano puede ser también lugar de enunciación, espacio territorial y discursivo para significar un lugar de resistencia a lo colonizado, a la imposición de valores europeos, para ser lugar de contestación o para usar su vocabulario “marca de agresión”.

La tarea a veces, parece ser la de ir contra el tan humano olvido que se expande en

algunos ámbitos, el tan humano olvido que con la mejor de las intenciones, no cabe duda, logra que la aventura por la comarca de la literatura se agote en incursiones psicológicas, antropológicas, sociológicas o históricas en detrimento de su propio territorio: el texto –sea este del tipo que se desee-. Debemos hacer memoria y recordar que los Estudios Culturales partieron de un método que supone el atento análisis de los elementos del lenguaje, de la imagen, de las repeticiones, elipsis, hipérbolos, personajes, escenarios, estructuras; a partir de allí se dirigieron a lo estético, lo funcional, lo social, lo psicológico. Hay entonces dos importantes movimientos, el primero en el texto, porque es su análisis quien determinará el segundo, que se dirige hacia el campo donde se encuentran los valores que fueron seleccionados, transformados o rechazados.

Las fronteras rompen con el centro, que es romper con la tradición monolítica, con el monumento impuesto, con el parnaso canonizado para descubrir que “en las grietas del sepulcro” había otra nación, otra sociedad, otra mirada. El centro se cuestiona y volvemos a él, y desde él elaboramos otra lectura y quizás estemos ejerciendo esa urticante función de canonización, pero volvemos al texto –central o periférico- que es nuestro punto de partida hacia la búsqueda, la exploración, el sondeo, la relectura.

### **Bibliografía**

Hall, Stuart. **A identidade cultural na pós-modernidade**. Rio de Janeiro. DP&A Editora.  
2003

Martins, Jose de Souza. **Fronteira: a degradação do Outro nos confins do humano**.  
São Paulo. Huicitec. 1997